

FIÓDOR DOSTOIEVSKI

La dulce



LA DULCE

los **INTE
MPEST
IVOS**

FIÓDOR DOSTOIEVSKI

La dulce

UN RELATO FANTÁSTICO

(*DIARIO DE UN ESCRITOR, NOVIEMBRE DE 1876*)

TRADUCCIÓN DE GONZALO GÓMEZ MONTORO
Y BIENVENIDA SÁNCHEZ SÁNCHEZ

POSTFACIO DE GONZALO GÓMEZ MONTORO



Primera edición: abril de 2013

Título original: Кроткая (1876)

© de la traducción y del postfacio: Gonzalo Gómez Montoro, 2013

© de la traducción: Bienvenida Sánchez Sánchez, 2013

© de esta edición: Editorial Funambulista, 2013

c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)

www.funambulista.net



Esta obra ha sido publicada con una subvención del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, para su préstamo público en Bibliotecas Públicas, de acuerdo con lo previsto en el artículo 37.2 de la Ley de Propiedad Intelectual

BIC: FC

ISBN: 978-84-940906-6-0

Depósito legal: M-11285-2013

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: Detalle de *A Toast to the Engaged Couple*,
Karl Wilhelm Hübner (1814-1879)

Producción gráfica: MFC Artes Gráficas

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

La dulce

NOTA DEL AUTOR

Pido perdón a mis lectores si esta vez sólo publico un relato en lugar del *Diario* en su forma habitual, pero este relato me ha ocupado la mayor parte de este mes. Sea como fuere, pido indulgencia a mis lectores.

Aquí tienen el relato. Lo he denominado «fantástico», aunque, según mi opinión, es completamente real. Aun así, tiene formalmente un elemento fantástico, y creo que debo explicar esto desde el principio.

El caso es que no se trata de un relato ni de unos apuntes. Imaginen un marido cuya mujer,

una suicida que se ha arrojado por la ventana hace sólo unas horas, yace ante él sobre una mesa. Él está conmocionado y no ha tenido tiempo de ordenar sus ideas. Camina de habitación en habitación e intenta dar un sentido a lo que acaba de ocurrir, procura «aclararse». Es un hipocondriaco recalcitrante de los que hablan solos. De ahí que se cuente a sí mismo la historia, intente *aclarársela*. Aunque su discurso parezca coherente, se contradice a menudo en la lógica y en los sentimientos. Se justifica, la acusa a ella, da explicaciones que no corresponden a nada. Encontramos lo burdo de los pensamientos y del corazón y, a la vez, una emoción muy intensa. Poco a poco, consigue *aclarar* su historia y «ordenar sus ideas». La serie de recuerdos que evoca lo lleva, final e irresistiblemente, a descubrir *la verdad*: la verdad, de forma imparabile, eleva su espíritu y su corazón. Al final, el tono del relato cambia respecto a su desordenado comienzo. La

verdad se revela al infeliz protagonista de forma definida y suficientemente clara, al menos para sí mismo.

He ahí el tema. Por supuesto, el desarrollo del relato se extiende durante varias horas, a trompicones y saltando de una cosa a otra sin relación aparente, y de forma bastante confusa: tan pronto habla solo como parece dirigirse a un auditorio invisible, o a una especie de juez. Pero es que siempre ocurre así en la realidad. Si un estenógrafo hubiera podido escucharlo y anotar sus palabras, el resultado hubiese sido más tosco, menos acabado que el que yo presento aquí, pero, creo, el orden psicológico probablemente hubiese sido el mismo. La ficción de un estenógrafo que lo ha anotado todo (y cuyas notas yo habría retrabajado después) es lo que califico de «fantástico» en este relato. Aun así, existen otros casos más o menos parecidos pertenecientes a la literatura: Victor Hugo, por ejemplo, procedió de

forma casi idéntica en *El último día de un condenado a muerte* y, aunque no recurrió a la ficción de un estenógrafo, cometió una inverosimilitud aún mayor al suponer que un condenado a muerte esté en condiciones (y tenga tiempo) de escribir notas no solamente hasta su último día, sino hasta su última hora e, incluso, literalmente, su último minuto. Sin embargo, de no haber admitido esta fantasía la obra no hubiese existido, una obra que es la más auténtica, la más llena de verdad de todas las que ha escrito ese autor.

F. D.

PRIMERA PARTE

I
QUIÉN ERA YO, QUIÉN ERA ELLA

Mientras ella esté ahí, todo va bien. Voy, miro a cada momento. Pero mañana se la llevan. ¿Me quedaré solo? De momento, está ahí, en la habitación, encima de la mesa —dos mesas de juego unidas por los extremos—, mañana en el ataúd en *gros* de Nápoles blanco, completamente blanco, pero ¿qué estoy...? Camino, camino e intento aclararme. Hace seis horas que no consigo ordenar mis ideas. Camino, camino, camino sin parar... Eso es lo que he hecho. Sencillamente, voy a contar las cosas con orden. (¡Orden!) Como pueden comprobar, señores, no soy ningún

literato, pero mejor para mí, así lo contaré como lo entiendo. ¡Y lo que me horroriza, precisamente, es entenderlo todo!

Si quieren que comience por el principio, sepan que ella vino a empeñar unos objetos para pagar un anuncio en *La Voz*: que si institutriz y tal dispuesta a marcharse de la capital y esas cosas y a dar clases a domicilio, etc. Así comenzó, y yo, claro, no la diferencié de las demás: venía igual que todo el mundo. Fue después cuando empecé a distinguirla. Cintura de avispa, rubia y un poco más alta de lo normal. Conmigo era siempre algo torpe, como si le diera vergüenza (creo que le pasaba con todos los desconocidos, y, claro, para ella yo era un desconocido, no por ser prestamista, sino por ser hombre). En cuanto recibía el dinero, daba media vuelta y salía. Y siempre sin decir una palabra. Los otros, como pueden imaginar, conversan, piden, regatean, lo que sea para que yo les pague más; ella, no; lo que

yo doy... Tengo la impresión de hacerme un lío... Sí, sus cosas al principio me llamaron la atención: pendientes de plata dorados, un pequeño medallón de baratija, todo muy poca cosa. Ella sabía muy bien que aquello no valía nada, yo se lo notaba, lo llevaba escrito en la cara, pero para ella era muy valioso... y es que no le quedaba nada de su padre ni de su madre, eso lo supe más tarde. Solamente una vez me permití sonreír al ver sus objetos. No suelo hacerlo, soy un caballero con mi clientela: pocas palabras, educado, severo. «Severo, severo, severo». Pero me trajo los restos (literalmente) de una especie de camisola vieja de piel de liebre, y no pude resistirme. Dije algo gracioso. ¡Dios mío! ¡Cómo se puso roja de cólera! ¡Sus enormes ojos azules, pensativos, lanzaron llamas! Y ni una palabra, como siempre. Cogió sus «restos» y se fue. Ésa fue la primera vez que me fijé en ella *en particular*, y que sentí que era diferente, sí. Y recuerdo también la

impresión que me causó, es decir, la impresión fundamental, la síntesis de todo: la suya era una adolescencia muy pura, pues aparentaba catorce años, ni uno más, cuando, de hecho, tenía dieciséis años menos tres meses. Pero no es eso lo que yo quería decir, la síntesis era otra cosa. Ella regresó al día siguiente. Después supe que había ido a ver a Dobronravov y a Moser con su vieja camisola; ellos sólo cogen oro e incluso se negaron a hablar con ella. En otra ocasión le había aceptado un camafeo (poca cosa también), aunque después, pensándolo, me sorprendí: yo también tomo sólo el oro y la plata y, sin embargo, le había aceptado el camafeo. También recuerdo la segunda vez que reparé en ella.

Esa vez, después de pasar por el local de Moser, me trajo una boquilla de cigarrillo en ámbar, un objeto pasable, de aficionado, pero ya digo que no nos servía, sólo aceptamos oro. La recibí con severidad tras su *enfado* del día ante-

rior. Para mí la severidad es ser cortante. Eso no impidió que, al darle sus dos rublos —no pude dejar de hacerlo—, le dijera, como con hastío: «Si lo hago es sólo *por usted*, Moser habría rechazado este objeto». Estas palabras, «por usted», las recalqué *en un sentido determinado*. Cruel. Ella enrojeció otra vez por ese «por usted», pero no dijo nada. No tiró el dinero, lo cogió. ¡Así es la miseria! ¡Y qué roja se puso! La había herido. Cuando ella ya había salido, me pregunté si merecía la pena darle dos rublos a cambio de humillarla. ¡Ja, ja, ja! Recuerdo que lo pensé dos veces: ¿merece la pena? ¿De verdad? Y, riendo, pensé que sí. Me alegré mucho. No era maldad: detrás había una idea, una intención. Yo quería ponerla a prueba, porque sentía curiosidad por ella. Éste es el tercer pensamiento *particular* que tuve sobre ella.

Fue entonces cuando todo empezó. Evidentemente, enseguida intenté informarme de

sus circunstancias de forma indirecta, y esperaba con gran impaciencia que volviera. Yo presentía que regresaría pronto. Cuando volvió, entablé una conversación amable, muy educada. Porque yo soy todo menos maleducado, guardo las formas. Un decir... Entonces intuí que era buena y dulce. Las chicas buenas y las dulces no aguantan mucho tiempo y, aunque no se abran demasiado, son incapaces de evitar las conversaciones: contestan poco pero contestan, y una vez que empiezan sólo hay que insistirles si la ocasión se presenta. Claro que al principio no me contó nada. Fue después cuando lo supe, por *La Voz* y todo lo demás. En aquella época, ella publicaba los anuncios con las fuerzas que le quedaban. Al principio lo hacía con clase, claro: «Institutriz dispuesta a abandonar la capital, enviar condiciones por correo», y luego: «Acepto cualquier empleo, tutora, dama de compañía, administradora, cuidadora de enfermos, costurera», ya se

ve de qué va la cosa. Claro que todo esto lo iba añadiendo a los anuncios, y al final, cuando ya rozaba la desesperación, pasó a esto: «Sin salario, sólo comidas». ¡Ni de esta manera encontraba empleo! Así que decidí ponerla a prueba por última vez: cogí de repente *La Voz* del día y le enseñé un anuncio: «Joven huérfana busca empleo como cuidadora de niños, prefiero casa de viudo entrado en años. Puedo ayudar en la casa».

—Mire, éste se ha publicado esta mañana y seguro que esta tarde ha encontrado un empleo. ¡Así hay que presentar los anuncios!

Se puso roja otra vez, sus ojos lanzaron chispas, me dio la espalda y salió. Me gustó mucho. Enseguida tuve una certeza, no sentí miedo. Nadie le compraría más boquillas de los cigarrillos. A ella sus boquillas se le habían acabado. Volvió una tercera vez, ya se lo pueden imaginar, triste y conmocionada. Vi que le había pasado algo, y lo cierto es que así era. Enseguida explicaré qué

le pasó, pero ahora quiero contar cómo desvié su atención y salí más que airoso. De repente me vino una idea. De hecho, fue ella quien me la inspiró cuando me trajo un icono (por fin se había decidido a hacerlo). ¡Ah, escuchen, escuchen...! Ya me he lanzado, y me estoy haciendo un lío, como siempre... Lo que pasa es que quiero acordarme de todo, hasta el más mínimo detalle. Quiero poner las ideas en orden y no lo consigo, quiero todos los detalles, las minucias...

El icono era una imagen de la Virgen. La Virgen con el Niño, una imagen familiar, casera, antigua, con adornos de plata dorados, digamos que valdría unos seis rublos. Veo que ella siente apego por la imagen, y me la entrega sin quitarle los adornos. Le digo: «Quítele los adornos y llévese la imagen, porque la imagen, la verdad, no sé...».

—¿Por qué? ¿No puede usted?

—No es que no pueda, no sé, puede que usted misma...